Una Vida para Olvidarte

Valeria Calderón

Image not found.

Capítulo 1

1

—¡Mírate, Sophie! ¡Estás más delgada desde la última vez que te vi! ¡No quiero que aguantes hambre sólo porque no estoy en casa!— Papá estaba exagerando, no pasaba hambre, mi ropa era holgada.

—Sólo ha pasado una semana desde que te internaron, y esa fue la última vez que me viste.—Él exhaló con dramatismo y yo desvié la mirada a la ventana que daba a los edificios vecinos.— Me tengo que ir ya, padre. Vendré en cuanto pueda, el instituto ha estado muy pesado.

—Claro, claro. ¡Nos vemos, entonces!— Asentí hacia él, en una señal de respeto, y salí de la habitación de hospital. Mi padre había tenido un colapso nervioso hacía días, así que tuvieron que internarlo. El estrés al que estaba sometido y la repentina visita de mi abuela lo habían vuelto loco; entró en crisis por todos los sucesos que le rodean.

Me despedí de las enfermeras que estaban cerca y comencé a bajar las escaleras para entrar en calor, era en el séptimo piso, así que fue un tramo largo. Llegando a la segunda planta tropecé con mis pies, yendo directo al suelo, pero alguien agarró mi brazo evitando que cayera y me golpeara con la baldosa.

—Eh, gracias, desconocido —Era un joven, sus ojos eran de un gris intenso, un gris que no poseía ningún otra iris; y su cabello platinado, casi haciendo juego con sus ojos; sin contar su cuadrada mandíbula y prominentes pómulos. En la ciudad se le consideraría atractivo, pero en un pueblo tan pequeño como en el que vivo, sería guapo, unos peldaños más arriba de la primera definición. Y, además de eso, llamaría demasiado la atención: chico guapo y desconocido en un pueblo pequeño crea alboroto.

Él asintió sin quitar la mirada de mí y yo sólo me di la vuelta para seguir bajando. No pude evitar preguntarme por qué ese tipo se encontraba en el hospital, de cualquier forma no lo volvería a ver.

—¡Hasta luego, Patrick, nos veremos!— El guardia asintió sonriendo y salí del edificio, no sin antes ver de nuevo al tipo al pie de las escaleras, mirando. Había bajado conmigo.

Sentí escalofríos al verlo, con su mirada seria, neutra, inexpresiva. Sacudí la cabeza y tomé la bicicleta que estaba encadenada cerca, para evitar que se la robaran. Pedaleé por todo el pueblo, saludando a los conocidos que me encontraba en el camino, disfrutando del viento que azotaba mi cara y del aroma a lluvia que se elevaba desde la tierra. Cuando llegué a

casa toda estaba en silencio, acomodé mi bicicleta en su lugar y entré.

Al cerrar la puerta, el estruendo se extendió por toda la casa, y la voz que salió de repente me aterró:

—Una verdadera fortuna que no te hayas caído en esa escalera, ¿eh?—me di la vuelta con rapidez, encontrándome con el muchacho del hospital.

—¿Qué? ¿Qué haces aquí?

—¡Oh, cariño...!—habló mi abuela, saliendo del cuarto de lavado.—Este bello muchacho apareció por aquí hace rato, lo dejé pasar porque es encantador, ¿no crees? Conózcanse mientras preparo algo de té.

Su voz no era igual, sonaba cantarina pero de alguna forma era...

—Tu abuela es adorable—sonrió, mirando hacia la cocina.

Estaba tan impactada que apenas podía moverme. ¿Qué se hace cuando un desconocido de un hospital aparece de repente en tu casa y... Hechiza a tu abuela con encantos tan desconocidos como él?

—Llamaré ya a la policía —advertí, cogiendo rápidamente el teléfono inalámbrico de la mesita junto a la puerta.

—No me digas—rio él, levantando ambas cejas—aunque lo hagas, Sophie, ¿qué les dirás? Es inútil, ellos no podrán hacer nada ya que...

—¿Sí, policía? Habla Sophia Andralnor, de la calle View doscientos tres, sí. Un desconocido me está acosando desde el...—y no estaba, se había esfumado. De repente, este muchacho guapo que había aparecido en mi casa de la nada, había desaparecido.

—Sophie, ¿sigues ahí? Te has quedado callada de repente, ¿estás bien?— El sheriff sonaba preocupado, y me obligué a reaccionar. Le di la espalda al lugar de los hechos y busqué las palabras para decirle al alguacil que de repente alguien había desaparecido frente a mis ojos sin sonar como una loca de remate.

—Sí, sí, todo bien, Gus. Es... Sólo una idea mía, ya todo pasó. Estoy bien, estaré bien. Es exceso de trabajo, estudio y... Supongo que sabrás lo de mi padre...

—Claro, claro. ¿Cómo sigue él?

—Oh, bien. Pronto saldrá. Todavía están haciéndole chequeos.

—Está bien, Sophie, háblame si algo va mal de nuevo.

—Vale, Gustave, gracias.—Colgué, subiendo las escaleras de la casa.—¡Estaré en mi cuarto, abuela!

—¿Y Noah?—preguntó de vuelta ella.

—Desapareció.

Noah. *Nombre bíblico. Lindo nombre.*

Fue lo último que pensé antes de entrar en mi habitación y gritar del espanto.

—¿Qué? ¿Nunca habías visto a un joven apuesto parado frente a ti?—Noah sonrió, con los brazos cruzados sobre el pecho. Me había llevado el susto al verlo parado de repente, ahí, frente a mí.

—¡Cariño, ¿estás bien?!—gritó la abuela desde la cocina.

—¡Estoy bien!—fue todo lo que dije, para cerrar la puerta con vehemencia y empujar a Noah hacia dentro.—Bien, ¿qué es lo que quieres? Sé muy bien que eres real, que no estoy loca y que esto se considera acoso.

—Acertaste dos de tres. Sigues asombrando, Sophie—se burló—. Déjame introducirme—dio una vuelta graciosa, seguida de una reverencia—Mi nombre es Noah Argall, a sus servicios...

Cuando se levantó, su cabello platinado se sacudió de manera extraña, casi artístico.

—Noah: confortar, consolar, aliviar. Argall: habitante en un lugar tranquilo.

Tardé en darme cuenta que decía el significado de su nombre completo.

—Vengo en completa paz a usted, señorita Andralnor. Sólo quiero arreglar un par de cabos sueltos, hilos desperdigados —rio— más tarde entenderás el chiste.

—Sigues dándole vueltas al asunto, acosador— recalqué yo, harta de su charla formal.

—Estás equivocada, Sophia. Soy real para ti, y no soy real para muchos...

—Hablas como extraterrestre—reflexioné, sintiendo miedo de repente.

—Puedo existir para ti si quiero, para tu abuela o para Patrick, el guardia del hospital. O puedo dejar de existir para la policía, por ejemplo. Te lo dije, es inútil—el mundo dio una vuelta de repente.

—Creo que... Creo que no te entiendo.

—¿No querrás sentarte primero?

—¡¡Habla de una maldita vez!!

—Soy Noah Argall, galés de nacimiento, ser mágico encargado del destino y el tiempo, un gusto —extendió la mano, como presentándose. Y entonces yo me reí.

—Deberías ser comediante.

—¿No me darás la mano? Está bien.

—Noah, por favor, tengo cosas qué hacer.

—Te lo dije ya. Soy algo así como la policía del destino y el tiempo, controlo... Todo esto y, Dios, deja de mirarme así. Me asustas.—Seguía con los brazos cruzados, el ceño fruncido y una expresión graciosa. Y yo sólo lo estaba mirando fijamente, intentando procesar lo que me decía.

—Un ser mágico no puede sentir miedo...—dije de repente, tras tomar aire y buscar lo que quería decirle:—No te creo.

—Oh, Dios, claro que podemos sentir miedo. Tu argumento no tiene base.

—Saldrás por la ventana ahora o llamaré al FBI.

—No creo que puedas contactarlos así de...

—¡¡Ya deja de fastidiarme!!—tocaron la puerta de mi habitación.

—Cariño, te traje un poco de té. ¿Te encuentras bien? Creo que estás alterada desde que llegaste.

—Sí, abuela, todo bien. Sólo estoy hablando con Noah.—Él rio bajito, y miró la puerta, esperando.

—¿Noah? ¿Has traído a alguien a casa? ¿Es tu novio?

—N-no, a-abuela, por favor. Deja el té y vete.—Se escuchó la cerámica tintinear y luego sus pasos alejándose por el pasillo escaleras abajo.—¿Qué le hiciste a mi abuela?

Noah se encogió de hombros, levantando las cejas y riendo.

—Yo sólo te recomiendo que te tomes ese té; basándome en tu comportamiento, lo que te diré a continuación no te gustará nada.

.

Me tomé el té, respiré profundo y conté hasta cincuenta. Noah esperaba pacientemente en un extremo de mi cama, tan erguido como no había visto a un hombre en mi vida. Me pregunté si se sentía atrapado en mi pequeña habitación.

—Creo que eres una chica inteligente, Sophia.—Afirmó en voz alta después de estar en silencio un rato.

—No intentes coquetear conmigo.

—No estoy coqueteando contigo, a los seres mágicos nos prohíben hacer algo así con nuestros objetivos humanos. Todo lo que involucre sentimientos queda fuera de nuestra relación.— Recostada en la parte alta de la cama veía sin dificultad su espalda y la caída de su platinado cabello, brillante por la luz del sol; nada en él encajaba con su auto denominación de "ser mágico", a excepción de su cabellera.

Suspiré y sorbí lo que quedaba del té, dejando la tasa sobre la mesita auxiliar junto a la cama. Me erguí y respiré hondo una vez más, preparándome para lo que fuese que tuviera que decirme.

—¿Conoces la leyenda del hilo rojo?—me sobresalté cuando lo escuché hablar.

—¿La qué? —fruncí el ceño. Él suspiró.

—La leyenda del hilo rojo, ¿la conoces?—negué con la cabeza.—Dice que todas las personas tienen atado un hilo rojo al dedo meñique que las conecta con la persona que deben conocer: *el hilo puede enredarse y tensarse pero nunca romperse.*

—Bueno, me parece un poco muy soñadora, ¿eso qué tiene que ver conmigo?—Se dio la vuelta, cruzando sus piernas en mariposa sobre la cama. Estaba serio; tanto como lo había estado al pie de las escaleras cuando salía del hospital.

—Que es cierto.

—¿Qué es cierto?

—La leyenda, la leyenda es cierta, Sophia. Y... —miró directo a mis ojos—cortaron tu hilo.

—¿Disculpa?

—Sé que suena loco pero...—calló de repente, frunciendo los labios.—Dame tu mano derecha.

Todavía estupefacta le entregué mi mano, la estrechó y la entrelazó con la suya; estaba frío, y apenas en ese momento me di cuenta de lo pálido que era.

—Mira... —levantó nuestras manos a la altura de mis ojos. Flotando ante ellos había tres hilos rojos atados a la mano de Noah, uno de ellos se unía a mi meñique, los demás desaparecían en el suelo. En mi mano sólo había dos: el de Noah y otro que colgaba muerto a un costado, tan pálido que ya no era rojo, sino vinotinto.—Lo cortaron. No sabemos quién o qué, pero lo hicieron a propósito. Nos dimos cuenta la semana pasada, cuando su encuentro no se produjo. Y de inmediato nos asignaron los casos a Leonor y a mí.

—Espera...—arranqué mi mano de la suya y le estreché sobre mi pecho.—¿Por qué había tres hilos rojos en tu meñique? ¿Por qué dos en el mío? ¿Qué... Qué está pasando? No entiendo nada, estoy muy confundida y yo...

Puso una mano en mi cabeza, tan delicada que casi no la sentí, como pluma. Mis ojos aterrados miraron los suyos, grises y neutros.

—Relájate, Sophie—susurró, bajando la mano con lentitud hasta mi mejilla, un poco de cabello me cayó al rostro. Lo puso tras mi oreja e intentó sonreír. Entonces tomó mi mano y la mostró una vez más. —Nuestro hilo rojo —lo sostuvo en el aire, parecía tan frágil—lo puso el Ser Supremo, su nombre no te lo puedo decir. Te permite verme y me permite interactuar contigo, una vez termine mí trabajo este hilo desaparecerá y los dos continuaremos con nuestros caminos. Te lo prometo, ¿sí? Esto es sólo algo que vas a olvidar pronto, míralo como un contratiempo pequeño, ¿está bien?

—Bueno, pero... ¿no sería mejor dejarlo así?, es decir, no tengo inconveniente con quedarme sola y olvidar todo este asunto raro del hilo rojo y el Ser Supremo y seres mágicos y todo eso...

—No, Sophia... Verás, antes no ha pasado algo como esto, es excepcional. Pero ocurre que ambas partes no se encuentran satisfechas con la persona que están destinadas a estar y pasa algo que... Nosotros no podemos obligarlos a estar juntos, entonces se separan, con el hilo aun colgando del meñique, y no importa cuán destinados estén no vuelven a estar, ¿entiendes? Para aquellos casos el Ser Supremo sólo... Cambia el destino, y estas personas sólo vagan por el mundo desdichado y terminan sus vidas solos e infelices.

Miraba las sábanas azules de mi cama, tenía una vista preciosa de su cabello artístico, todavía sostenía mi mano.

Levantó la vista y me miró, hablando lentamente:

—No queremos eso para nadie y siempre intentamos evitarlo, pero pasa.—Apretó un poco mi mano, sin dejar de mirarme—Si me pides que deje el asunto así, está bien: me iré y me olvidarás, pero no puedo asegurarte que tu Igual desista, tampoco puedo asegurarte que no te busque ni que se encuentren; siempre les damos libertad, ustedes deciden sobre su destino. Leonor sigue con él así que si él decide continuar, lo más probable es que ambos...

—Bueno, ya entendí, deja tus tecnicismos, me estoy confundiendo.—Negué con la cabeza—¿Y qué quieres que haga?

Se levantó de golpe, miró por la ventana y la cerró de repente.

—Eh...—Titubeó, gesticulando frenéticamente —Duerme, para que... Para que pienses en todo esto, ¿vale?

—No entiendo nada, Noah. Espera, ¿puedo llamarte Noah? Se me hace raro...

—Sí, sí puedes. Ahora acomódate—me recostó en la cama como una niña pequeña, me puso un edredón encima y luego cerró las cortinas.

—¿Qué haces? Tengo calor.—Me quité el edredón y me senté.

—Te he dicho que duermas, Sophia.

—Pero es mediodía, por Dios—pareció desesperarse y entonces puso una mano en mi frente, con más fuerza de la deseada, y exclamó:

—¡Dormida, dije!—el ruido sordo de mi cabeza contra la cama fue lo último que retumbó en mis oídos.

.

—Yo... Yo realmente lo siento, Sophie. Entré en pánico.—Esas fueron las primeras palabras que escuché cuando entré en consciencia. Algo frío me perforaba el cráneo y mi habitación estaba en completa oscuridad.

—¿Ya es de noche, abuela?—pregunté, quitando el hielo de mi cabeza.

—No, Sophia, habla Noah. Y sí, está anocheciendo

—¿Qué? ¿Noah? ¿Quieres decir que no era un sueño absurdo?

—Quiero decir que todo ha sido real.

—¿Por qué está tan oscuro? A estas alturas creo que sabes que hay algo llamado electricidad y...

—Verás, Sophia...—interrumpió.

—No, no veo.

—... Hay seres mágicos encargados del destino y el tiempo, pero también hay... ¿cómo lo digo sin que pierdas la cabeza? Nosotros les llamamos Duendes Saboteadores, aunque por supuesto no son duendes; sólo son fastidiosas y grotescas personas que buscan alterar el tiempo y el espacio y...

—Wow, ve más despacio, vaquero.

—Está bien, está bien.—Suspiró—Rayos, debieron decirme que tratar con un humano sería tan difícil.

Negué con la cabeza, sentándome. Mis ojos comenzaban a adaptarse y veía la silueta de Noah junto a la ventana.

—Nosotros intentamos cumplir con el destino y manejar el tiempo, hacerlo todo más llevadero sin que ustedes lo noten. Y ellos se dedican a hacer lo contrario: los Duendes Saboteadores hacen sentir inconformes a las personas con su Igual y hacen que terminen siendo infelices; les gusta jugar con tus creencias, hacerte... Bueno, simplemente les gusta jugar y burlarse mientras crean discordia en el planeta.

—¿Y eso explica que la habitación esté oscura porque...?

—Leonor y yo estamos visibles al ojo humano, normalmente uno de nosotros no interactúa directamente con los humanos, pero esto, como ya sabes, es excepcional; sin embargo, hay razones por las cuales no podemos interactuar de forma directa, y son esas cosas...—casi puedo

jurar que hizo un movimiento con la cabeza hacia la ventana—Leonor y yo somos puntos blancos, dianas para ellos, nos rastrean fácilmente por nuestro... Particular olor, entre otras cosas que me da vergüenza mencionar.

»La oscuridad los confunde cuando se trata de nosotros, ya que se supone que no podemos soportar la oscuridad. En el día es más complicado todo.

—Espera, ¿más complicado?—recibí un suspiro en respuesta—Entonces, en resumen, está tan oscuro porque... ¿tenemos que evitar que ellos lleguen aquí?

—Si te encuentran y saben lo de tu hilo rojo roto, seguramente algo malo pasará.

—¿Sabes qué, Noah? Mejor dormiré de nuevo, tú... Dedícate a tus cosas de ser mágico o lo que sea. Mientras más tiempo pase fuera de esta realidad, mejor.—Volví a acostarme, colocándome las mantas encima.—A propósito, ¿eres como una especie de padrino mágico o algo?

—¿Una qué?

—Hazme eso que hiciste hace rato, eso de "dormida, dije". Ya no puedo dormir.—Me volví hacia el techo y cerré lo ojos, respirando hondo.

El colchón se hundió a mi lado.

—Creo justo que duermas, Sophia—susurró Noah a mi lado, podía escuchar su suave respiración en el silencio de la casa. Se mantenía alejado de mí. —Inténtalo, no puedo volver a dormirte, puede tener secuelas. Y, quiero que sepas, antes de que duermas...

Su voz era como un hechizo, una mala broma, me parecía escuchar la brisa y el sonido de las olas en un día de verano. Recuerdo que me pregunté si él podría hacerme dormir con su voz.

—...que realmente lo siento.—Murmuró finalmente, cerca de mi oído. Su nariz tocó mi mejilla: estaba frío.— *Cwsg, annwyl.*

Un escalofrío me recorrió antes de quedar inconsciente de nuevo.

Capítulo 2

2

Yo no sé qué habría dicho una persona normal si de repente un desconocido se le aparece en su casa y le dice que le han cortado su hilo del destino; pero por supuesto no lo deja quedarse en la misma habitación toda la noche. Cuando desperté me sentía extrañamente sobria y consciente de la seria situación en la que me encontraba, mi cuarto era algo totalmente distinto a el de la noche anterior y me encontraba sola. Lo primero que hice cuando puse los pies en el suelo fue agradecer el fin de semana.

—Tienes el sueño pesado, Sophia.—
Linda mañana para tenerle paciencia a Noah.

—Normalmente no—le contesté, sirviendo leche en un vaso.—¿Qué me hiciste anoche?

Frunció el ceño. Noah traía un traje blanco que —obviamente— no traía el día de ayer, se le ceñía al cuerpo y lo hacía ver más pálido; cruzaba sus manos sobre la mesa de madera y conservaba esa erguida postura que me pone de los nervios.

—Me estabas diciendo algo que...—gesticulé con las manos en el aire, tomando un sorbo de leche; el sabor era un tanto distinto al de siempre. —No recuerdo.

—¿No lo recuerdas?

—¿Sabes qué pienso, Noah? Pienso que puedes encantar con tu voz, ¿los seres mágicos pueden hacer eso?—. No sé si es posible, pero él se irguió aún más y se aclaró la garganta para hablar.

—Bueno, sí. Me dijiste que querías dormir y...—parecía incómodo. Parecía... Otra persona.—Fue la manera menos peligrosa de volver a dormirte. Y aún quedaron secuelas, ¿ves? No recuerdas lo que te dije.

—Al fin y al cabo sí hiciste cosas de seres mágicos, ¿eh? Bien por ti, amigo—reí, dejando el vaso en el fregadero y dándole una palmada en el hombro cuando pasé junto a él.

Cuando llegué al umbral que me separaba del pasillo, observé la puerta de entrada; la mesita junto a ella, el teléfono apoyado en su soporte; el perchero al otro lado; el comedor justo frente a mí y a mi izquierda las estrechas escaleras de la casa. Algo estaba mal. Y fue cuando Noah habló.

—Veo que ya lo notaste...—habló suave, con delicadeza.

—¿Qué es esto Noah? ¿Qué está pasando?—Dio un largo suspiro y me di la vuelta para verlo. Lo vi mejor cuando se levantó: parecía un ángel con aquel traje, su tez clara y su cabello platinado le hacían ver como de otro mundo.

—Estamos encerrados en una clase de... No sé cómo llamarlo, pero justo ahora estás sana y salva durmiendo en tu cama, aún es de noche.—Estaba justo frente a mí, mirando el pasillo de vez en cuando.—Digamos que es una cajita de cristal que construí para ti y para mí. Nos refugiaremos aquí cada noche mientras duermes: como pasarás mucho tiempo conmigo, mi olor comenzará a impregnarse en tu habitación, en tus prendas y en tus cosas, aquí estaremos seguros y los Duendes Saboteadores no nos encontrarán, al menos no de noche.

Yo lo miraba, tan sobria como podía estarlo. Apenas entendía lo que me decía y mi cerebro no parecía querer procesarlo.

—Son... Grisáceas Cristalinas—dijo—Esto, así se les llama. Son para proteger, también para atrapar.

Hablaba para sí.

—Muévete, por favor. Cambiate de lugar, nunca es bueno...—y entonces la alfombra del pasillo se sacudió y voló hasta las escaleras, levantando la mesilla y el perchero, haciéndolos trizas. Noah me cogió por los hombros y nos cambió de lugares, me apoyó en su pecho y me puso junto a la ventana de la cocina, se agachó e intentó explicarme:—Esto pasa porque...

Un pitido agudo e insoportable apareció de repente y comenzó a subir de volumen, Noah frunció el ceño y puso sus manos en mis oídos, por unos momentos tuvo alivio. Y, una vez más, Noah intentaba explicarme el por qué de todo, pero la mesa de madera a nuestras espaldas se azotó contra la alacena, dejando trozos de cerámica y vidrio esparcidos por el piso. El pitido volvió y los utensilios de cocina comenzaron a volar y clavarse en las paredes. Las sillas de la mesa se azotaron contra las paredes, como si estuviesen poseídas. Y fue cuando Noah me abrazó, o intentó hacerlo, puso su rostro helado junto al mío y dijo algo que apenas entendí:

—Dihuno nos...

Me senté de repente en la penumbra de mi habitación: sudaba y apenas podía respirar, los oídos me dolían, la boca me sabía a arena. Iba a gritar, pero una mano cubrió firmemente mi boca y me tumbó de nuevo a la

cama; podía sentir el cuerpo frío de Noah sobre el mío, su mejilla rozando suavemente la mía, sus pestañas haciéndome cosquillas en los pómulos. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Shh...—susurró, levantando un poco la cabeza hacia la ventana. Las persianas estaban abajo, pero se veía la sombra de alguien fuera, moviéndose, intentando mirar.

Me entró pánico.

¿Para qué se pone uno a contar el tiempo? Si al final y al cabo termina pasando. Después de un rato, Noah sólo tuvo que estirar su mano para tocar la pared y lo que fuese que estaba fuera se fue corriendo. Cuando esto pasó, él me miró: seguía sobre mí, con una mano en mi boca y su rostro tan cerca que podría haberle dado un cabezazo; pero no se movió, al menos no por un rato, sólo me miró.

Si soy sincera, me sentía completamente atrapada. No sólo porque él me estuviese aprisionando sino que la situación en sí me tenía... Asfixiada.

—Tranquila...—susurró él, aún con una mano sobre mi boca—No llores, Sophia.

¿Estaba llorando?

—Está bien, todo estará bien. Es sólo que nosotros somos...—se acercó un poco a mi oído, lo escuchaba nervioso —Somos la carnada.

Sollocé, con el fluido cálido corriendo por mis mejillas.

—Voy a quitar la mano, ¿está bien? Vamos a bajar y tomarás un poco de agua, llorarás todo lo que te plazca y... Si es necesario, te consolaré, ¿bien?—Se levantó, se acomodó la ropa –que ya no era el traje blanco– y pasó una mano por su cabello; parecía terriblemente incómodo, y si no fuese por la falta de luz podría jurar que estaba ruborizado.

Cuando bajamos, la cocina estaba en orden y en silencio, nada de sillas voladoras ni vajillas rotas. Me senté en las sillas de madera que había visto destrozadas hacía poco y estampé la cabeza contra la mesa; me dolió, pero me mantuve en silencio. Podía escuchar a Noah moviendo los vasos, abriendo la nevera y luego sentándose a mi lado.

—Toma esto—me hizo levantar la cabeza sólo para mirarlo señalar el vaso.—Agua con limón, escuché que es buena para...

—El estómago, Noah.

—Igual tómatela, seguro te sirve.—Suspiré y agarré el vaso. Puso una mano en mi hombro y me sonrió, todo mientras intentaba tomar aquella agua. La vela que había encendido mientras me hundía en mi miseria nos iluminaba una parte del rostro y le hacía ver la piel más tostada, las facciones más resaltadas.

—Noah...—murmuré, sintiéndome extraña. De inmediato desvié la mirada a la vela que se consumía a la mitad de la mesa—yo no creo poder soportar todo esto. Es decir, no ha pasado ni un día desde que te conocí y ya he tenido más confusiones y pánicos que en todo lo que he vivido hasta ahora. Pero...

—... Pero no quieres pasar el resto de tu vida infeliz...—Crispé el rostro y lo estampé de nuevo contra la mesa.

—¿No hay una opción que haga que los seres mágicos se encarguen de todo?

-—Creo que no.—Tomó mi mano y la entrelazó con la suya, levanté la cabeza sólo para contemplar los hilos rojos colgando, en la oscuridad parecían tener un brillo extraño—Pero oye...—lo miré, me sonreía —No puedes rendirte sin antes luchar, ¿no?

Suspiré con resignación y asentí, intentando sonreír.

—Respecto a lo que ocurrió en la Grisácea Cristalina, es una alarma que nos hace salir de inmediato, nos advierte de un peligro inminente y que debemos atender rápido. Lo que había fuera era un Duende Saboteador, un Merodeador, seguramente fue enviado o pasaba por aquí cerca y se percató del olor... Le he espantado haciéndole ver que se levantaban. Aunque no creo que se lo trague la próxima vez.—Supongo que el pánico se noto en mi expresión, porque de inmediato dijo:—Todo estará bien, la verdad son astutos pero poseen cierto nivel de torpeza, por lo que a veces es fácil despistarlos.

—Yo...

—Sophia, ¿con quién hablas, querida?—Mi mamá, envuelta en un abrigo marrón, me miraba con los ojos entrecerrados. Noah sostenía mi mano sobre la mesa con firmeza, seguramente mamá sólo la veía ahí extendida, inerte, incluso tal vez un poco tensa. Parecía que acababa de despertarse, con el cabello hecho una maraña.

—No podía dormir, así que bajé y tomé un poco de agua.

—Entiendo.—Pasó de largo y llenó un vaso con agua de la llave. Mientras lo hacía me daba la espalda, así que tuve tiempo de fijarme en la expresión de Noah, tensa; se había quedado en blanco, más de lo que

siempre parecía. Me calaba con su mirada gris, era intenso, apenas le oía respirar. Estrechó un poco más mi mano y entonces mamá habló:—¿Ha sido un buen día?

—¿Ah? Ah, sí, sí. Lo normal: instituto, casa; aunque me paré a visitar a papá al hospital, dicen que pronto saldrá.

—Eso es... Bueno.—Se sentó a mi izquierda, justo enfrente de donde estaría Noah... Si pudiese verlo. Ella se inclinó hacia mí para hablarme, y tuve que zafar mi mano de la del muchacho para no crear sospechas, aunque fuese difícil. En mis dedos todavía podía sentir el fantasma de su helada mano.—Te ves agotada, Sophie, ¿por qué no vas a dormir? En la mañana todo será mejor.

En la mañana...

—Está bien.—Me besó la frente y me di la vuelta para irme, cuando salía lo escuché:

—Ah, y deja que el muchacho se quede en la otra habitación.—El corazón me dio un vuelco y me sentí mareada.

—¿Qué?—La miré, tomaba su agua mirando un punto inexistente en el aire. Cuando le hablé salió de su estupor y frunció el ceño.

—No he dicho nada, Sophie.—Asentí y subí las estrechas escaleras hasta llegar a mi habitación.

—¿Qué ha sido todo eso?—preguntó él en cuanto me senté en mi cama y me quedé mirando la pared como si fuese la cosa más interesante.

—No-no lo sé, Noah. Tengo... Estoy muy confundida con respecto a todo. De verdad que cuando te digo que en realidad no creo poder hacer esto, estoy hablando en serio.—Estaba frente a mí, de pie, tenía las manos metidas en los bolsillos; cuando se lo dije, cuando le dije que no podría, pasó una de esas manos por sus cara y frotó su mejilla derecha. Se acercó y tuve que levantar la cabeza para verle la cara.

—Sólo tienes que decirme que me vaya y lo haré. Vine a hacer mi trabajo y lo haré mientras me quieran haciéndolo, de lo contrario creo que pierdo mi tiempo.—Me habló más crudo de lo que lo había hecho hasta el momento. Pero entonces su expresión dura se suavizó y se sentó a mi lado, poniendo una mano en mi cabeza—Pero si decides no darme la patada, te aseguro que todo saldrá bien. Esto no durará más que un par de semanas.

Lo miré de soslayo, probablemente pensaba que era una cobarde

miedosa. Y lo era.

—¿Bien?—Asentí.

—Noah...—lo llamé, sin dejar de mirarlo. Justo en ese momento lo sentía muy cercano, como si fuese un familiar que había estado extrañando demasiado. Quitó su mano y me miró con atención, esperando que hablara.—¿Puedo abrazarte?

Me estrechó cariñosamente, y de pronto todas mis preocupaciones y miedos se disolvieron en su brazos. Todo estará bien, me dije.

—Te estás tomando muchas confianzas, Sophia—susurró cerca de mi oído.—Yo en serio lo siento.

.

—¿Adónde vas?—preguntó él a la mañana siguiente, cuando iba saliendo de casa con un pequeño bolso colgado en el hombro. Me había despertado sola, desayunado sola, arreglado sola, y de repente aparecía en las escaleras comiendo una manzana y reclamandome mi salida habitual. El colmo.

—Tengo trabajo los fines de semana...—Lo dije como si fuese lo más obvio.

—Pero, Sophia, no puedes...

—No puedo faltar, Noah.—Le interrumpí— Si uno de esos duendes de lo que sea me atrapa y me lleva al inframundo, pues bien, al menos estaba haciendo mi trabajo.

—Ya veo que eres muy responsable...—murmuró, chasqueando la lengua.

—Lo soy. Y justo ahora voy tarde. Adiós.

—Cuídate—me dijo—. Repelen la madera y el agua, recuérdalo.

Y cerré la puerta con un golpe seco.

.

Yo sólo digo que trabajar de taquillera en un cine es bastante pesado, sobre todo si es un fin de semana cuando todos salen con sus parejas a ver películas en el único y pequeño cinema del pueblo. Sólo cuenta con una sala y un estrecho baño para las mujeres; sin mencionar que la única taquilla que hay es la que me encargo de administrar, y es bastante pequeña, al borde de dejarme en un ataque de claustrofobia. La mañana y

la tarde transcurrieron con normalidad, una jornada más pesada que la otra. Por precaución a algunas parejas les hacía meter el dedo en un pequeño vaso lleno al tope de agua, me miraban extraño pero lo hacían, algunas incluso se negaron, y por supuesto no podía hacer más que desearles una buena estadía en el cine. Mi turno terminó al atardecer, y cuando me disponía a salir de ese armario, alguien empujó la puerta de vuelta y me tiró al suelo de la cabina.

—Sophia—dijo, cuando intentaba recuperarme del golpe—¿ese es tu nombre, verdad?

—Ah, sí, ¿y tú quién eres?—Me levanté, pero no sirvió de nada porque de inmediato el muchacho cogió la blusa de mi uniforme en un puño y me estampilló contra el vidrio de la cabina.

Comencé a comprender de qué iba todo aquello.

—Muéstrame tu mano derecha.—La había escondido tras mi espalda, pensando una y otra vez en el idiota de Noah y su "todo estará bien".

—Creo...—tragué saliva, la garganta se me cerraba al intentar hablar—Creo que ese no es un comportamiento adecuado, señor, ¿no quedó satisfecho con los servicios del cinema? Tenemos un buzón de sugerencias a la derecha de la sala.

—Mírame—eso hice: sus ojos extrañamente violáceos me miraban con escrutinio.—No lo diré otra vez, maldita sea, ¡traes el olor, lo traes! Es casi imperceptible pero ahí está, ¿quién te acompaña? ¿Leonor, Vicky o Noah?

—No sé de qué me habla...—había dejado de tocar el suelo hacía un rato, apenas cabíamos los dos en ese lugar, a mi izquierda estaba la mesita con la caja registradora y el vaso de agua.

—¿Te gustó la visita de anoche? El imbécil que te acompaña pensó que me lo tragaría, pero no soy tan estúpido, querida.

"¿Qué repelen?"

Agua y madera.

En un movimiento rápido estiré el brazo y alcancé el objeto de cristal, arrojándole el agua en la cara. De inmediato se echó para atrás y su rostro comenzó a escocer, con el corazón apunto de salirse de mi pecho salí de la cabina y la cerré, dejándome las pertenencias adentro.

Salí corriendo en cuanto pude y llegué así a casa: hecha un lío, tan despeinada como se puede y con el sudor escurriéndome por la frente y el

cuello.

Subí rápido a mi habitación, hecha una furia, y me encontré a Noah... Durmiendo: se acurrucaba entre las mantas azules, en posición fetal, con la misma ropa que lo había visto llevar los dos días que llevábamos conviviendo. La rabia que me invadía de repente desapareció y lo dejé ahí, respirando suavemente, mientras me daba una ducha y reflexionaba acerca de todo lo que me esperaba en las próximas semanas.

—¿Cómo te fue en el trabajo?—preguntó cuando entré a la habitación en pijamas, se tallaba los ojos con los puños y bostezó cuando me senté en una pequeña banca de madera que casi no me dejaba estirar las piernas. Parecía un pequeño de cinco años, una escena tierna para un ser mágico, quién lo diría.

—Hubo bastante movimiento, tuve que llenar la máquina de bebidas y, ¡oh! Uno de esos duendes de lo que sea me encontró y casi me mata, ya sabes, lo habitual —me encogí de hombros, mirando mis pies enfundados en unos calcetines rosas.

—¿Qué? Sophia, es lo primero que tienes que decirme. No interesa si estoy dormido, levántame de inmediato, es algo que tienes que informar.—Ahora estaba alerta, atento a lo que pasaba a su alrededor; nada de tallados de ojos ni bostezos. Por alguna razón me sentí decepcionada.

—Dios, si ya te dije que es algo habitual, no imagino cómo te pondrás si me ponen a manejar el proyector del cine.—Levanté mis brazos e intenté imitarlo con sarcasmo:—Sophia, despiértame, no importa. Pudiste quemar el cinema con esa cosa. Es algo que tienes que informar.

Noah arrugó la nariz y sonrió de forma extraña, inclinándose hacia adelante.

—Muy graciosa —dijo, superando. Ahora su expresión volvía a cambiar y se veía preocupado.

—Está bien, de todas formas no me gustaba tanto ese trabajo. Seguramente me despedirán en cuanto puedan: estoy completamente segura que alguno de los clientes reportó que le hice meter el dedo en un vaso con agua.—Noah soltó una risotada.

—¿Qué hiciste qué?

—Me dijiste que me cuidara.

—¿Pero por qué un Duende Saboteador entraría a un cinema en un pueblo tan pequeño como este?—me quedé callada un momento, pensando. Noah

no pudo evitar soltar un par de risas.

—Tal vez tenga alguna novia duende o algo y la ha invitado a salir. Venga ya, deben de tener vida amorosa.—Noah no rió, ahora sólo estaba serio, casi triste.

—No...—murmuró—nada de vida amorosa. Eso no es para nosotros, ninguno, ni siquiera ellos. Nos lo prohíben. —Me miró, y al ver mi expresión –probablemente– estupefacta, intentó bromear—. Así que opción descartada, ¿eh? Tiene sus ventajas: nada de corazones rotos. Vaya, estoy agotado.

Rió y entonces se levantó de mi cama y salió de la habitación, como si se tratara de la suya propia.

—Hombres...—negué con la cabeza, levantándome y yendo a la cama.

Nunca me había quejado del tamaño de mi cuarto, pero ahora que había una persona además de mí ahí me sentía sofocada, como si se tratara de la misma cabina del cinema.

—Supongo que tendrás hambre, así que te hice algo ligero.—Él entró al cuarto con un plato y una taza—Un emparedado y té verde. Fui al mercado en la tarde y compré de este té porque dicen que es bueno para calmar los nervios y creo que te darán más de esos ataques en los que lloras y me dices que no podrás y, Dios, no soporto tener que lidiar con eso. Eres de lo más de testaruda, chica.

No pude ocultar mi sorpresa y, por supuesto, mi gratitud.

—Noah... Yo en serio no sé... Muchas gracias. Me he venido corriendo y me moría por comer algo, pero igual iba a dormir porque, bueno, ya sabes...

—Calla y come, que ahora tenemos algo importante.—Y cuando iba a preguntarle, me dijo:—Que calles, te digo. Luego te enteras.

Me comí su insípido emparedado y tomé con la mayor de las calmas el té, entonces dejé la vajilla en la mesita auxiliar y lo miré.

—Dame tu mano, Sophia—fue lo que dijo después de ponerle seguro a mi puerta; no me atreví a decirle que no me dejaban hacer eso. Le entregué mi mano y la entrelazó con la suya, sentado junto a mí en la cama—*Rydym yn mynd i mewn i'r realiti gwyrgam o fyd dynged.*

Aparecimos de repente en un lugar blanco, a la distancia una puerta que

daba a un parque.

—¿Y piensas explicármelo ya o cuando muera?—pregunté, cruzándome de brazos y sin dejar de mirar a mí al rededor, hastiada del blanco.

—Para poder encontrar a la persona que cortó tu hilo debemos recorrer toda tu vida, revivirla desde que eras una niña hasta los recuerdos que no recuerdas—rio—, ¿entiendes?

Comenzamos a caminar, cuanto más nos acercábamos a la puerta Noah se mostraba más nervioso. Podía observar que se secaba las manos en su pantalón cada tanto.

El parque era grande, el que solía ser mi patio de juegos. Fui a jugar a ese lugar hasta los diez años. Pero ese no era el caso: yo era sólo un bebé de cabellos rojizos y ojos marrones que jugaba con arena a hacer pasteles. Pero lo más importante: tenía mi hilo rojo y se unía al de un pequeño que se resbalaba por el tobogán. No pude evitar correr hasta él y agacharme a su lado; era rubio, y nunca lo había visto en mi vida.

—¿Es él? —murmuré, viendo al niñito correr para resbalarse de nuevo.

—Sí...—murmuró Noah justo a mi lado, mirando al niño cayendo por el tobogán.—Él es... Tu Igual.

Me sacudí los escalofríos y de repente cambiamos de escenario. Llovía, ahora tenía cinco años. Iba a preguntarle a Noah por qué pero... No estaba. Avancé hasta mi yo de cinco años; mamá sostenía mi mano, refugiadas bajo un toldo de algún restaurante cerrado.

—Papá llegará en un instante, cariño —aseguró, en un intento de calmar mi nerviosismo. Era tarde de la noche. Al otro lado de la calle, bajo otro toldo, un hombre con sombrero y gabardina miraba hacia el suelo.

Fue cuando una señora con aspecto extraño pasó lentamente frente a nosotras, empapándose con la lluvia como si no se tratase de nada. Iba a seguir derecho, pero dio media vuelta y se quedó mirando a la yo de cinco años, con sus rizos rojizos mojados y una pequeña campera rosada. Me hubiese gustado no escuchar lo que dijo.

"—Pobre niña, ese maldito hilo la hará tan infeliz... Un amor tan imposible, qué lástima

Y luego volvió a caminar, campante como si no hubiese pasado nada.

—Estas gitanas siempre están sacándome de quicio—dijo Noah, que apareció de repente junto a mí. —Siempre causando problemas a los humanos, y siempre corremos a resolverlos. Somos como bomberos

apagando incendios pirómanos, que lata.

—¿Es una gitana?—Noah me lo afirmó con un ruido de garganta. —Sospecho que ella cortó tu hilo—ambos me miramos de pequeña, pero el hilo seguía completo, corría calle abajo sin mojarse, y desaparecía en la distancia.—Estos viajes me dejan hecho polvo. Perdiste tu hilo a los quince años, Sophia. Fue en tu cumpleaños. Así que tuvieron que pasar dos años para que nos diéramos cuenta de que alguien lo había cortado. Sigamos a esa señora.

Aparecimos en un apartamento que no parecía pertenecer al pueblo, las ambulancias que sonaron en el exterior me lo confirmaron. Era la ciudad.

—Sí, cariño, lo sé —habló la misma señora extraña saliendo de una habitación, con un cigarrillo entre los labios y un teléfono entre el hombro y la oreja.—Sí, lo sé. Nos pagarán por hacer esto, así que nos repartiremos las ganancias. ¿Qué? Tú harás el trabajo pero yo te lo he encomendado. No, cariño, no te molestes. Vamos, tiene que ser una broma. ¿Hola? ¿Hola?

Tiró el teléfono al sofá que había a la mitad de la sala y maldijo entre dientes. Terminó el cigarrillo y lo arrojó al suelo, pisándolo.

—¿Y ahora qué quieres, Noé?—preguntó, intentando destapar una botella, probablemente de licor.

—Ese no es mi nombre—le contestó Noah, con tono fastidiado.

—Como sea, amigo.—Rió, encendiendo otro cigarro.—Es la tercera vez este año, venga ya, ¿qué quieres saber?

—Te sigues metiendo en problemas, es nuestro trabajo resolverlos.—Se aclaró la garganta y miró el lugar.—¿Cuál fue ese trabajo que te han encomendado?

—Top secret, compañero—destapó la botella y chilló de emoción. Era vino.

El lugar era un asco. Un empapelado verde cubría toda la sala, un sofá que no se veía nada cómodo —igualmente verde— se ubicaba contra la ventana, y ésta, cubierta con una persiana abana –de la mugre–. Una mesita de centro de madera se interponía entre el sofá y una pequeña televisión de los noventa; una alfombra con tejidos blancos, habanos y verdes cubría todo el suelo y éste iba lleno de colillas de cigarrillo, envolturas, manchas de líquidos desconocidos, sin contar las prendas sucias que se veían esparcidas por algunas esquinas. Olía fatal.

—¿Qué te han encomendado que no podías hacer tú?

—Te lo he dicho ya, Noé, no puedo decírtelo. Top secret, ¿recuerdas?

—No te va bien con los Top Secret, ¿recuerdas?

—No evoques recuerdos desagradables, Noé, vive el presente.

—Mi nombre no es Noé.—Ella soltó una estruendosa carcajada que me hizo estremecer.

—Bueno, ¿y quién es la chica? ¿Por qué no quieres que la vea? Puedo sentirla, ahí está, justo a tu lado.

—No colaborarás, ¿verdad?

—Creo que ya sabes la respuesta.

—Encontraré la encomienda y la persona que la ha hecho, la pagarán caro. Esto es realmente grave. Alterar el destino es...

—Altamente grave, lo sé.—Rió, arrojando su segundo cigarrillo y tomando de la botella.—¿Sabes qué es también altamente grave? Enamorarse de una humana, y lo que es aún más enfermizo, seguirla. ¿Qué crees que diría el Ser si se entera de eso? ¿Qué crees que haría?

Noah la miraba impasible, sólo un atisbo de rabia lo delató en algún momento.

—Pierdes tu tiempo. Mis recuerdos están alterados, no puedes entrar en ellos; no hay forma de que lo sepas.

—Te mataría ahora mismo si pudiera.—Masculló Noah con un tono que me erizó la piel.—Esto no quedará así.

Tomó mi mano y de pronto el tiempo desapareció, estábamos en un túnel.

—Yn ôl i realiti lle mae amser yn dominyddu a'r newidiadau tynged.—Dijo, y caí en el suelo de mi habitación, sobre la suave alfombra morada.

Noah se había desmayado.

—¿Noah?¿Noah, estás bien?—tuve que arrastrarme hasta él, había caído junto a la puerta. Y fue cuando la perilla de la puerta comenzó a moverse, y alguien tocó.

—¿Sophie? Tu padre ya ha salido del hospital, baja a saludar—movió otra vez la perilla—¿Por qué tienes el seguro? No tienes permiso de hacerlo.

—¡Voy, estoy...! ¡Estoy cambiándome!—arrastré al muchacho hasta la orilla de la cama, y luego lo empujé con mis pies bajo ésta —Lo siento...

Me paré tan rápido como pude y abrí la puerta.

—¿Por qué tienes la pijama tan sucia?—me miré la ropa, y estaba tan arrugada y manchada como si me hubiese revolcado en la tierra.

—Estaba buscando algo bajo mi cama. Hace tiempo no paso la aspiradora. —Reí y cerré la puerta, intentando en vano ocultar mi nerviosismo. Mamá no podía ver a Noah, tampoco papá, pero había una persona bajo mi cama y no podía evitar pensar que alguien lo descubriría pronto.

—¡Sophie, querida!—exclamó papá, abriendo sus brazos hacia mí. Pero me quedé helada al verla detrás de él, con una expresión divertida.

Tranquila, neutra.

—Padre...—intenté sonreír, abrazándolo.

—Oh, cariño, ¿recuerdas a tu tía Clementina?—no tengo tías.—Vino de visita.

Era la gitana.

—Oh, no sabía que tenía tías —porque no tengo.—Es un gusto, espero que la pases bien en casa.

Las manos me sudaban, el corazón me latía en los oídos y sentía el estómago en la garganta.

—Muchas gracias, Sophia.—Su voz, que antes era sólo pomposa, ahora estaba inyectada de una cantidad considerable de fanfarronería.

—Estaré en mi habitación —dije de inmediato, y corrí escaleras arriba antes de que alguien impidiera mi huida.

El olor, el olor, el olor; era lo único que me repetía mentalmente. ¿Podría ella percibir el olor? ¿El olor de Noah, el que yo traía impregnado?

—¿Por qué tan preocupada, Sophia?—preguntó Noah en cuanto entré en mi cuarto y me recosté en la puerta cerrada —Olvida eso, ¿por qué estaba debajo de tu cama? No es posible que atraviese objetos así que o me

arrastré o...

—Está aquí. —Murmuré, sin quitar la mirada del suelo.

—¿Qué?

—La gitana, la que fuimos a ver, ella está aquí—Me levanté y me paré frente a él, poniendo mis manos en sus hombros—. Dime, Noah, después del viaje... Tu olor...

Me pareció verlo palidecer.

—Demonios...—masculló entre dientes.

Bien, bien, me dije, Duendes Saboteadores, Gitanas, ¿qué sigue? ¿Demonios?

—¿Cuál fue su pretexto?—Preguntó de repente, deshaciéndose de mis manos. Me dio la espalda, frotó su mentón, azotó su palma contra el pantalón.

—Dice que es mi tía pero mamá tiene tres hermanos, y mi padre tiene dos hermanos y dos hermanas, una vive en el exterior y...

—... La otra es una hippie que vive en las montañas...—Se volvió a mirarme, encogiéndose de hombros. Un acto simple que lo hacía ver inocente y... Tierno.—Sé lo que opinas de ella, de hecho, lo sé todo de ti.

—Eso da miedo, Noah.—Una gota de sudor se escurrió por su frente, rápida y escurridiza.

—Es parte del trabajo.—Se frotó las manos en el pantalón que llevaba.—Resolveremos esto, Sophia. Ahora, por favor, ¿podemos dormir? Estoy agotado. Si dormimos será más difícil para ella percibir mi olor.

—De acuerdo.—Apagué la luz e intentamos dormir. Pero no me fue posible.